

como ya lo había entrevisto Eurípides con claravidencia de poeta. Y aquí terminamos, dejando muchas cosas por decir de este libro, uno de los mejores de Enrique Molina.—VICTORIANO LILLO.



“DEL CORAZÓN A LA FLAUTA”, de *Fernando Colina*

La más alta comisión del escritor y del poeta es ser verdadero y leal consigo mismo, aunque se le acuse de personalista por aquellos espíritus aficionados a las trayectorias holladas que conducen al conocimiento de la belleza sin esfuerzos mentales. Después de leer y analizar los poemas que Fernando Colina ha reunido en su libro *Del Corazón a la Flauta*, de reciente publicación, tenemos la íntima certeza de que el poeta ha vaciado su caudal interior dejándose conducir por el fiel y melodioso lazarillo de su estro poético, manteniéndose en un armonioso vuelo que lo aleja tanto de lo transitorio y manido como de los malabarismos poéticos a que nos acostumbraron muchos poetas de los últimos años.

Sería insensato pedir perfección a un autor joven que publica su primer libro, con mucho menos razón cuando concordamos plenamente con el horror que experimentaba Unamuno hacia todo lo “perfecto”, partiendo de la premisa que la perfección del verso y de la prosa puede ser obra de artífice que hace alarde de galanura y conocimiento del idioma, perdiendo en cambio en profundidad y honradez literaria.

El libro de Colina se inicia con dos sonetos de corte moderno, en los que se ha respetado el corte clásico, dejando, en cambio, un ligero descanso a la rima asonante, que esclavizó a tantos cultivadores a través de los siglos.

*Y temblará la tierra y la madera
del bosque de la sangre: ¿por qué ruta,
hasta qué superficie o estatura,
desde labio rozando tus arenas?*

Escogiendo un verso de Luis Rosales, Fernando Colina inicia el soneto pleno de interrogantes que sacuden su alma de auténtico poeta ante el misterio de sí mismo. Pero eso no basta ni satisface sus angustias metafísicas, que se traducen en una silenciosa y resignada espera en el segundo soneto donde dice que "vibraría de silencios en la tierra — donde todo se sabe que está dicho".

En todo poeta existe un atormentado buscador de emociones a través del laberinto de su alma. En esa actitud personal está la clave de la enigmática forma y de la oscura actitud que se manifiesta en los poemas. Cada individuo es dueño de un universo interior en el que navega como solitario navegante, y en el que puede naufragar sin que nadie, nadie, pueda salvarlo de su angustia y desesperación frente al misterio de su vida.

Por eso, algunas veces es difícil interpretar el mensaje de un poeta que se ha apartado decididamente de los cánones establecidos para penetrar en su propio camino. No obstante lo dicho, Colina pertenece a una categoría de poeta equidistante del clasicismo y del vanguardismo, que produce afincado en un fuerte personalismo que lo independiza en el plano de la literatura nacional y lo coloca como poseedor de un estilo con escasas reminiscencias nerudianas.

Después de la avalancha de cultivadores del romance que provocó la aparición del granadino Federico García Lorca, que tuvo y mantiene el privilegio de haber remozado el romance castellano, es un descanso reconocer que los poetas de la nueva generación se alejan de lo anecdótico y colorista en poesía, para penetrar briosamente en los complejos y oscuros recintos de su mundo interior, de donde extraen las extrañas y fantásticas materias con que construyen sus poemas.

En la trilogía "Sentido de Melisanda", Fernando Colina adquiere una pureza de expresión difícilísima de alcanzar a los escasos 22 años que cuenta el poeta en la actualidad. Especialmente en el trozo "El recuerdo", su voz adquiere una tonalidad y el poema un sentido

que bastaría por sí solo para considerarlo un auténtico poeta, que en el futuro no podrá estar alejado de las antologías.

En "Colchagua, sueño y signo", el poeta canta a su tierra colchagüina, deslumbrado ante la presencia vegetal, ante el paisaje verde y melodioso, al que dedica estrofas estremecidas de emoción y belleza como ésta:

Pájaro como el sueño, primero que la tierra.

Ave como una unbe entre la piel y el frío.

*Te volaron mil astros un día que el aroma
vino con una lluvia, una faja y un cielo.*

Ausente el huaso pintoresco, de chamanto y grandes rodajas tintineantes, con el colorido de tarjeta postal que nos han detallado algunos poetas y muchos prosistas, Colina mira hacia las profundas raíces de la tierra colchagüina, a los albores de su nacimiento, actitud que no puede eludir quien ha nacido rodeado de verde vegetal y ha sido arrullado por una vieja canción de hojas marchitas en el corazón de Colchagua.

En "Visión inicial", "Visión para mi espina y tu distancia" y "Visión del adiós", el poeta se hace más íntimo y menos accesible en su mensaje poético. Es un tríptico en el que se adivina la imagen desvaída de una mujer, a la que se dirige en un lenguaje preñado de metáforas y simbolismos que a ratos nos hacen perder el camino y nos desconciertan en sus intentos. Hay dolor y ausencia en algunos trozos en los que el hombre siente la necesidad de expresarse para aliviar su carga espiritual. "Tú sabes lo que yo nunca supe — pero yo sé la voz, la abeja y la sonrisa". Es decir, el poeta siente la pequeña sabiduría de las cosas humildes, de esos pequeños tesoros que muchos desprecian por ser privilegio de los que saben extasiarse ante el milagro de un amanecer o de la simple caída de una hoja.

El sentido de la muerte se hace presente y muerde al poeta con su angustia metafísica. Es el eterno interrogante que acompa-

ña al hombre desde los primeros años hasta su retorno a la tierra, "La muerte es sólo un día y ya nunca". Ese verso, con rango de estribillo en "Visión del adiós", define a Colina como un poeta de íntimas angustias, que termina su libro con una pregunta formulada a una imagen real o presentida, que para un artista viene a ser casi lo mismo: "¿Te llamabas adiós — o mediodía — o fuente?"

En 44 páginas, Fernando Colina nos ha demostrado que hay en él un auténtico y magnífico poeta. Algunos críticos o comentaristas de libros podrán hacerle reparos de forma. Nosotros hemos preferido dirigirnos directamente a su contenido, a la parte vital de la obra, a la que define a un hombre y a un poeta. En ello reside su valor. *Del Corazón a la Flauta* merece ser divulgado y leído por los que se interesan por la poesía actual. Por nuestra parte, saludamos la incorporación de Fernando Colina a la literatura nacional y le auguramos un brillante porvenir. Tiene todas las condiciones necesarias para lograrlo: juventud, talento y vocación. Además, es modesto y estudioso. Creo que llegará lejos.—GONZALO DRAGO.



"EL COLLAR DE LA PALOMA" de *Ibn Hazm*. Traducción del árabe por *Emilio García Gómez*. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1952

El joven y eminente arabista español don Emilio García Gómez acaba de entregarnos una impecable traducción —como son todas las suyas— de *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm o Ben Hazzam de Córdoba (994-1106), polígrafo árabe de quien se dice que llegó a escribir ochenta mil carillas por su propia mano.

Después de 1948, año en que aparece el luminoso libro del hoy catedrático en Princeton, D. Américo Castro, *España en su Historia*, hacía imperiosa la necesidad de una traducción castellana del *Collar*. Existían en otros idiomas: inglesa, de D. K. Nykl